

¿Quién ganó esta batalla?

(Jueces 4; 5)

Después de la derrota de los opresores moabitas de Israel, la tierra reposó ochenta años (3.30). No obstante, sin apartarse del ciclo previsible de conducta descrito en Jueces, Israel olvidó al Señor y cayó en la maldad. Esta vez fueron oprimidos veinte años por el rey cananeo Jabín, lo cual preparó el escenario para una maravillosa historia de liberación a manos de una clase de héroes poco probables de ser encontrados en lugar alguno!

EL REY JABÍN Y EL CAPITÁN SÍSARA

Canaán no era en aquellos tiempos una nación unificada bajo un gobierno central. Más bien, era una confederación poco sólida de poderosas ciudades estado. El rey Jabín gobernaba una región de éstas, la cual se encontraba en la zona donde las tribus norteñas de Israel se habían asentado. Su capital, Hazor, estaba situada a quince kilómetros del mar de Galilea, y era una de las ciudades más grandes de Palestina. Debido a su posición sobre una de las más importantes rutas comerciales provenientes de Egipto, era un lugar que facilitaba el dominio de las tribus israelitas de Zabulón y Neftalí, las cuales se habían asentado en las colinas al oeste del mar de Galilea.

El comandante del ejército de Jabín era Sísara, un capitán que se había estacionado a poco más de 56 km de distancia, en Haroset-goim (4.2). Como tenía novecientos carros herrados a sus órdenes, él podía aterrorizar a los israelitas, sin temor al desquite por parte de éstos. El trabajo del hierro no era una tecnología que los israelitas dominaran, y los carros herrados eran, tal vez, una de las más temibles armas de guerra de aquellos tiempos. Los israelitas estaban escasamente armados y los hacía

temblar el rugido de las ruedas de los carros, cuando éstos pasaban con estruendo, a través del valle de Jezreel. El único lugar donde el pueblo podía estar a salvo, era en las colinas, donde los carros tenían dificultad para salvar el terreno. Habiendo tenido que huir hacia las colinas a causa del enemigo, y hallándose empobrecidos por el dominio que ejercía Sísara, de la tierra, los israelitas se vieron obligados a vivir como animales asustados, ocultándose y siempre temerosos de los lugares públicos. Más adelante, Israel recordaría con el siguiente cántico aquellos días:

En los días de Samgar hijo de Anat,
En los días de Jael, quedaron abandonados los caminos,
Y los que andaban por las sendas se apartaban por senderos torcidos,
Las aldeas quedaron abandonadas en Israel, habían decaído,
Hasta que yo Débora me levante,
Me levante como madre en Israel (5.6-7).

En su desesperación, «clamaron a Jehová» que les ayudara (4.3). Esta vez, la ayuda les llegó a través de una mujer llamada Débora, la cual juzgaba a Israel en aquellos tiempos. No era la norma que hubiera mujeres jueces en Israel, y la presencia de ella como líder, significa algo que se desprende claramente del relato: Los varones israelitas habían perdido la fe y se habían llenado de temor. Por consiguiente, una «madre en Israel» (5.7) tuvo que llevar a los hombres a la batalla!

Cuando Dios decidió que había llegado la hora de que Israel le pusiera fin a la opresión cananea, Débora llamó a Barac, un varón de la tribu de Neftalí, y le ordenó reunir un ejército de diez mil

hombres en el monte Tabor, en preparación para la batalla contra Sísara (4.6).¹

A pesar de que las palabras de Débora provenían de Dios, Barac se resistió a la instrucción y regateó: «Si tú fueres conmigo, yo iré; pero si no fueres conmigo, no iré» (4.8). Es probable que Débora diera un suspiro de abatimiento al acceder a capitanear; pero le advirtió a Barac que la decisión de él significaría que una mujer recibiría la gloria por la victoria sobre los cananeos.

A estas alturas del relato, vemos la introducción de un grupo, el cual, según parece, nada tenía que ver en el asunto. Heber ceneo, descendiente del suegro de Moisés, y nómada en la tierra, vivía al este del monte Tabor, entre la montaña y el mar de Galilea. Éste y su familia estaban dedicados a sus labores, cuidaban de su ganado en paz, y mantenían relaciones amistosas con el rey Jabín. Es probable que Heber ¡ni siquiera considerara la posibilidad de que la batalla que se estaba gestando entre Israel y Canaán, lo fuera a afectar a él y a su familia!

Cuando le llegaron las nuevas a Sísara, de que Barac había reunido a diez mil israelitas en el monte Tabor, él inmediatamente interpretó estas acciones como lo que eran: Preparación para la guerra. ¡Israel estaba ubicado entre Sísara y el rey de éste en Hazor! Este acto de provocación era una invitación a la batalla, y Sísara respondió con creces. Salió de Haroset-goim con sus soldados y sus novecientos carros herrados. Israel había cometido la osadía de desafiar al poderoso Sísara, y ellos iban a pagar muy cara su insolencia. Al menos, esto es lo que Sísara pensaba ese día, cuando salía de su cuartel.

Los dos ejércitos iban rumbo al enfrentamiento en el arroyo de Cisón. Este arroyo era en realidad el cauce de un río del desierto por el que fluía un delgado hilo de agua durante la estación seca, y que rápidamente se convertía en un furioso torrente en el curso de una lluvia. Cuando el suelo estaba seco y endurecido, constituía la superficie ideal para una guerra de carros. Pero cuando las lluvias

llegaban, se convertía en un atolladero de lodo, el cual volvía inútiles los carros herrados, y esto fue lo que sucedió ese día.

La batalla dio comienzo, cuando Débora gritó a Barac: «¡Levántate!» (4.14). Para mérito suyo, Barac se precipitó cuesta abajo, con diez mil israelitas detrás de él. Es difícil estimar la valentía de la que tuvieron que servirse estos soldados carentes de preparación y de pertrechos, así como aventajados en número, para salir de sus posiciones protegidas en la montaña, y correr hacia el terreno abierto, plano, donde los carros y los soldados de Sísara los esperaban para aniquilarlos. Ni siquiera debió haber habido una lucha aquel día, pero el Señor, el Dios de Israel, libró a Su pueblo —¡con una tormenta! Débora y Barac cantaron después:

Desde los cielos pelearon las estrellas;
Desde sus órbitas pelearon contra Sísara.
Los barrió el torrente de Cisón,... (5.20-21).

Cuando las lluvias dieron comienzo, y el río creció, el suelo duro, seco, repentinamente se convirtió en una trampa de lodo para los carros herrados. ¡Un carro que no se puede mover no es útil para nadie! Lo que había sido su más grande ventaja, repentinamente se convirtió en su más seria desventaja. Los soldados abandonaron sus preciados carros de guerra, y huyeron de los asediados israelitas. No había caído la noche, cuando Sísara fue derrotado, «hasta no quedar ni uno» (4.16).

El propio Sísara tuvo que huir a pie y llegó a la tienda de Jael, esposa de Heber ceneo, mencionado anteriormente. Como sabía quién era Sísara, y estaba al tanto de lo que había ocurrido, Jael lo invitó a entrar en su tienda y le ofreció ocultarlo. Desesperado y exhausto, él aceptó su ofrecimiento. Muerto de sed, le pidió a ella de beber, y Jael le trajo un odre de leche. Tal vez sólo estaba trayendo lo que tenía más a mano, o tal vez le estaba trayendo leche, porque la leche, especialmente la leche tibia, y más especialmente la leche tibia de cabra, obraba en aquellos tiempos, el mismo efecto que una píldora de dormir. Un escritor especuló: «Lo drogó y lo embaucó».² Cualesquiera que hayan sido sus intenciones, lo cierto es que Jael cubrió a Sísara con una manta, y pronto éste cayó en un profundo sueño. Luego, tomando calladamente un mazo y una estaca de la tienda, se dirigió al capitán durmiente y le ensartó en las sienes la estaca, hasta enclavarlo en la tierra. ¡Había terminado el reinado de terror de Sísara en el norte de Israel!

¹ Es posible que sus palabras fueran: «¿No lo ha ordenado Jehová?», lo cual sería señal de que ¡Barac no había querido obedecer un mandamiento anterior del Señor! La Biblia Anchor incluye esta nota: «¿No ha ordenado [...] Jehová? La pregunta da por sentado que en la audiencia se ha generalizado la idea de que Barac no quería obedecer, [...]» (Robert G. Boling, *Judges [Jueces]*, The Anchor Bible, vol. 6 [New York: Doubleday, 1975], 95). También, en una nota al margen de la NASB, se lee: «¿No ha [...] ordenado [...]?». N. del T.: Esta nota del autor está motivada por el hecho de que la versión de la Biblia que él usa no presenta las palabras de Débora para Barac en forma de pregunta, como sí las consigna la Reina-Valera y la Biblia Anchor.

² Boling, 98.

Poco después, Barac llegó a la tienda de Jael en persecución de Sísara. Ella lo invitó a entrar y aquél vio la horripilante escena. Débora le había dicho anteriormente que la gloria iba a ser para una mujer, y ahora se daba cuenta de que la mujer de la profecía era Jael. Este fue el fin de Sísara, y el comienzo del fin para el rey Jabín (4.23–24). Israel tuvo nuevamente reposo en la tierra durante cuarenta años (5.31).

EL REPARTO

Cuando el polvo reposó, Israel quedó con tres héroes que muy poca probabilidad hubieran tenido de serlo. En primer lugar estaba Débora, una juez que ni siquiera hubiera ido al campo de batalla, si los varones de Israel hubieran tenido la valentía de ir solos. Luego estaba Barac, el guerrero que no quería ir, y que titubeaba entre la desconcertante cobardía y la magnífica valentía. Por último estaba Jael, la esposa de un nómada, la cual se encontraba en el momento y lugar apropiados y pensando lo apropiado. Se convirtió en la asesina de un asesino. No estaría completa la lista, si no añadiéramos un nombre más, y éste es el del Señor, el Dios de Israel. Poca atención se le da a Él en el relato, pero lo que se dice, lo señala a Él como el que libró a Israel:

Y Jehová quebrantó a Sísara, a todos sus carros y a todo su ejército, a filo de espada delante de Barac; y Sísara descendió del carro, y huyó a pie (4.15; énfasis nuestro).

Así abatió Dios aquel día a Jabín, rey de Canaán, delante de los hijos de Israel (4.23; énfasis nuestro).

Aquéllos fueron importantes actores, pero no debemos equivocarnos al respecto: Fue Dios quien inclinó el resultado de la batalla.

ALREDEDOR DE LA HOGUERA

Me pregunto cómo habrá sido la escena en el campamento de los israelitas, la noche después de la batalla. Cuando los hombres se sentaban alrededor de la hoguera, me pregunto si se habrán jactado del número de cananeos que mataron aquel día. Me pregunto si grabaron muescas en sus lanzas, como recuerdos de su destreza en la batalla. Me pregunto si actuaron como el gallo que se posa sobre la cerca y canta al amanecer, y luego se pavonea por todo el corral atribuyéndose el mérito por la salida del sol. Me pregunto si secretamente abrigaron esperanzas de que las mujeres y los

niños iban a cantar cánticos acerca de su valentía en combate. Todo lo anterior bien pudo haber sido así.

Por otro lado, es posible que en el campamento hubiera aquella noche un sagrado silencio, mientras los hombres ponderaban los asombrosos eventos del día: La forma suicida como se precipitaron al valle; el terror que sintieron al ver aquellos endemoniados carros; su asombro al ver el repentino chubasco y resultante riada; su incredulidad al ver los carros atascados en el lodo y al ejército de Sísara, que inútilmente trataba de fugarse; la inmediata recuperación de su confianza cuando corrieron y gritaron persiguiendo al mismo ejército que habían temido durante veinte años. Me pregunto si al menos algunos de los hombres vieron la insensatez de la jactancia y de las lanzas marcadas con muescas, y fueron más bien movidos a la adoración.

De todas las cualidades que el pueblo de Dios debería tener, ¡la arrogancia no es una de ellas! Es como Pablo lo confesó: «[...] por la gracia de Dios soy lo que soy» (1^{era} Corintios 15.10). Él sabía que sus mejores credenciales y más excelentes esfuerzos eran «basura» (Filipenses 3.8), cuando se comparaban con los logros de Dios en Cristo. Su confianza y esperanza se basaban ambas en la obra de Dios, no en la obra de Pablo. Su respuesta de fe no fue más que un voltear de las palmas de sus manos hacia el cielo para recibir el don del perdón no merecido. Su bautismo no fue una «buena obra» que compensara sus errores del pasado; fue un acto desesperado, humilde, de sumisión a la voluntad de Aquel que lo amaba y se había dado a Sí mismo por él.

CONCLUSIÓN

¿Cómo es posible que pudiéramos llenarnos de arrogancia por algo que nos es dado y no hemos ganado? Sea que estemos hablando de salvación, logros personales o crecimiento de la iglesia,

Santiago 1.17

Toda buena dádiva y todo don perfecto descende de lo alto, del Padre de las luces, [...].

¡El creer diferente equivale a sentarse en el campamento juntamente con los israelitas cuando éstos se jactaban de su victoria sobre los cananeos! ■